

Presentación



Marcelo Topuzian

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina;
CONICET
mtopuzian@gmail.com

Estando dedicadas, las revistas académicas como esta, a la evaluación, difusión y legitimación de resultados de procesos de producción de saber –como el que se denomina “conocimiento científico”–, puede resultar chocante que las circunstancias que me terminaron llevando a la preparación de este número de *Filología* hayan estado ligadas un poco a la casualidad y otro tanto a la perplejidad. La casualidad consistió en que me haya correspondido organizar el Primer Coloquio sobre Investigaciones en Teoría Literaria del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas ‘Dr. Amado Alonso’ –realizado el año pasado–, donde sus autores leyeron las primeras versiones de algunos de los trabajos que siguen. La perplejidad fue, por mi parte, la aparición reiterada –en muchas de las ponencias presentadas dentro del marco de ese evento– de una referencia a la filología como saber, disciplina y práctica. Se trataba de una referencia completamente actual, en tiempo presente, ya no ligada solo a la evocación, más o menos nostálgica, de figuras y métodos del pasado, por más centrales que ellos hayan sido como antecedentes de nuestra propia actividad como investigadores literarios –y, además, fundacionales para el instituto que dio cobijo al coloquio y edita esta revista. Por otro lado, la referencia no la hacían solamente críticos e investigadores provenientes de campos donde esa denominación y las prácticas a ella asociadas poseen todavía un uso habitual, aunque quizás más restringido, como los estudios hispánicos, los medievales o los clásicos: especialistas en literatura contemporánea –e incluso muy reciente– y teoría literaria mentaban, también, la filología.

Bajo ese nombre, se despliega un horizonte de prácticas críticas ligadas con el manejo de los textos en lo que este tendría de más específico. Al mismo tiempo, frente a los formalismos del siglo XX y a cualquier clasicismo, la tradición filológica guardó un vínculo constitutivo con la historia. También les dio a los estudios literarios un perfil claramente empírico, de impronta positiva, lejos del dogmatismo normativo o de la pura especulación estética. Hoy podrían incluirse bajo su órbita tanto los recientes avances en la historia material de la literatura, a propósito de la edición y circulación del libro, por ejemplo, como las herramientas tecnológicas y los enfoques proporcionados por las denominadas ‘humanidades digitales’. Al mismo tiempo, sin embargo, la filología supone una reivindicación de la lectura atenta e intensiva de sus objetos en sus rasgos constructivos, especialmente los ligados a su conformación lingüística –aunque hoy la disciplina se atreva a ir más allá de la definición del lenguaje verbal como su medio único o más propio, y pueda vérselas también con imágenes, sonidos

y gestos. De este modo, ella puede pasar también por una reivindicación de la interpretación en la crítica y en la investigación literaria, frente a sus realizaciones más 'facticistas' identificadas con la historia social o cultural. Y, a la vez, la interpretación filológica no se parece en nada al libre juego de las operaciones de lectura que alguna vez pudo desprenderse de las formulaciones estructuralistas y posestructuralistas sobre la textualidad: alega un compromiso con la verdad del texto. Y sin embargo, la filología tampoco se propone borrar completamente la subjetividad del lector y del crítico de esa interpretación.

Finalmente, lo verdaderamente interesante es que, si a algo apunta la tradición filológica, es a que estos movimientos diferentes –y hasta contradictorios– no se excluyan entre sí. Historia y crítica como momentos diversos de una misma actividad: este es el legado de la filología para los estudios literarios del presente. Pero más como desiderátum que como garantía amparada certeramente en un método o teoría determinados, dado que ni la práctica de la historia ni la de la crítica pueden hoy identificarse con uno solo de ellos, de carácter hegemónico, y se hallan abiertas a transformaciones importantes que producen un fuerte efecto de –saludable– eclecticismo. Una de ellas atañe sin dudas a los cambios en la idea que nos hacemos del archivo, resultados del uso de herramientas de gestión de datos como la indización digital, y del horizonte y las tareas que potencialmente abren. Otra, posiblemente, a la relativización de las periodizaciones más clásicas –e incluso de la operación misma de periodización como tarea por excelencia de la historia literaria–, capaz de dar lugar a un intercambio productivo entre especialistas que antes era considerado anacrónico o simplemente impropio; y, sobre todo, a una extensión de lo que entendemos por teoría literaria, si le adjudicamos la denominación también a conjuntos conceptuales y metodológicos que nos permiten comprender contextos histórico-literarios muy distantes de los modernos.

Merece un párrafo aparte en esta presentación sumaria la cuestión de si la filología puede diferenciarse internamente solo –o, al menos, de manera fundamental– a partir de una referencia a las distintas lenguas nacionales. ¿Son imaginables otros criterios para establecer las regiones de la disciplina que los impuestos por los ambientes culturales asociados a las lenguas nacionales europeas? Las perspectivas comparadas tienen también en la filología un antecedente fundamental, pero a partir de ello han adquirido un sesgo característico: la dificultad para establecer criterios y agendas de estudio propios que cuestionen realmente los cánones y las historias literarias nacionales. Resulta apasionante vislumbrar ya cómo serán unos estudios filológicos con profundidad histórica que asuman la inexistencia real del modelo cultural del Estado-nación durante gran parte de la historia que hoy llamamos literaria. ¿Podría entonces estudiarse así, filológicamente pero de manera radicalmente desprejuiciada, la traducción? El asunto se vuelve aún más interesante cuando el problema se enfoca desde la situación del investigador latinoamericano, de lazos complejos y contradictorios con la herencia europea. Compete a nuestra posición periférica de enunciación una explícita consideración de los aspectos más políticos de la filología, que coinciden con sus zonas de escape respecto de definiciones esencialistas de las tradiciones culturales.

Dicho todo esto, ahora corre por cuenta de los investigadores invitados a participar de este volumen intentar definir o mostrar de qué hablamos hoy cuando hablamos de filología. Y, de sus eventuales lectores, juzgar si lo han logrado y si, al hacerlo, están también haciendo y hablando de lo mismo. Pero, aun así, parece oportunamente filológico, de todos modos, otorgarle a una palabra –filología– una lógica y una densidad específicas y propias –un espíritu, quizás–, más allá de sus valores coyunturales a través de los vaivenes y las posiciones enfrentadas en los debates metodológicos y epistemológicos –se acepte o no caracterizarlos de esta manera– dentro de los

estudios literarios y culturales, o de eso que, puede que también atinadamente, Jorge Panesi siempre ha preferido llamar sus “modas” (Panesi, 1995). Peso propio de la palabra, pero a la vez volátil e inasible –al menos para las pretensiones radicales de contextualización histórica y formalización científica de nuestras disciplinas–, quizás no sea otra cosa que permitimos nombrar así, autorizados por la etimología, el amor que nos siguen provocando nuestros objetos de estudio y que, frente a los embates de condiciones de trabajo difíciles, exigencias crecientes, presupuestos menguantes y, sobre todo, un cada vez más palpable desinterés del Estado en la promoción de la lectura, la crítica y la investigación literarias –para no hablar de las Humanidades en general–, moviliza aún nuestras pasiones y nos atormenta a sus cultores con la fuerza de un deseo inalienable que cuesta cada vez más explicar y transmitir, o, al menos, transmitir explicándolo. Este déficit creciente de legitimación razonable de nuestras prácticas, por motivos culturales, sociales, políticos y tecnológicos que también valdría la pena analizar, vuelve al mismo tiempo más urgente quizás, escabrosa incluso, la afirmación sostenida y quizás inconsecuente de un deseo. Una sombra nietzscheana se perfila, precisa, cuando uno de los nombres de ese deseo es, como aquí, filología.

Se ha señalado como una consecuencia de las pretensiones desacralizadoras de la teoría respecto de la literatura durante el siglo XX el extremo de la desintegración de su propio objeto (por ejemplo, Todorov, 2007). Muchos han visto esa desintegración en la transición de la crítica literaria a los estudios culturales (por ejemplo, Hillis Miller, 2002), y en el discurso de la teoría su medio privilegiado. Pero a la teoría ha correspondido también hacer brillar, en el momento mismo de esa solo aparente, o quizás real, desaparición de la literatura, el rapto de imaginación que nos sigue permitiendo quererla y, así, cada vez, (re)inventarla. Ojalá estos trabajos, surgidos de una de las líneas comunes de discusión del Primer Coloquio sobre Investigaciones en Teoría Literaria del Instituto, sirvan –en las vísperas de la organización del segundo, a realizarse en 2019– de material y fundamento de una nueva invención.

Bibliografía

- » Hillis Miller, J. (2002). *On Literature*. Londres y Nueva York: Routledge.
- » Panesi, J. (1995). “Política y ficción, o acerca del volverse literatura de cierta sociología argentina”, *Boletín del grupo de estudios de teoría literaria*, 4, 5-13.
- » Todorov, T. (2007). *La littérature en péril*. París: Flammarion.